

# EL QUINTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA EN LA HISTORIA UNIVERSAL

Por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

Los colombistas que han estudiado los innúmeros problemas que encierran la vida y la empresa de Colón han tratado siempre, sin excepción, en forma impropia, errada y a veces absurda, el enigma de la distancia que separaba Europa y la India. No obstante, fue Aristóteles, más de tres siglos antes de Cristo, quien dijo, claramente, que el Atlántico que separaba Europa y la India podía cruzarse en "pocos días". Esta aseveración fue repetida, con distintas palabras, por la mayoría de los grandes enciclopedistas y cosmógrafos de la Edad Media

Los cartógrafos, de Ptolomeo a Enricus Artellus, mostraron la proximidad de los dos continentes. Nada se oponía a una interpretación exacta de la realidad geográfica. Colón lo advirtió a la perfección y así lo explicaron su hijo don Hernando y su historiador Las Casas; pero los sabios que se dedicaron a estudiar —lo correcto sería decir calumniar— a Colón no quisieron ver esta verdad y, con una ignorancia voluntaria de estas verdades geográficas, sostuvieron teorías que no sólo enturbiaron sino que oscurecieron en forma total la realidad de la gran travesía del Atlántico que dio al Hombre el dominio del Planeta.

El hecho, aunque con el tiempo llegue a parecer increíble, se fue originando y fortaleciendo por una serie de errores acumulados y de propósitos personales nacidos de pasio-

nes políticas y religiosas que hoy es muy difícil combatir y destruir. Esta ofuscación trata de ser justificada y aclarada con argumentos y teorías que la crítica histórica va deshaciendo de un modo inexorable. Es lo que ocurre, por ejemplo, con los intentos de explicar que Colón sabía muy bien que existían tierras en el Occidente, a relativa distancia de Europa, porque una tormenta lo habría llevado a esos lugares y lo habría convertido en su predescubridor. Si bien esta teoría es en gran parte admisible, no lo es tanto la otra, que atribuye el predescubrimiento involuntario a un naufrago, posiblemente portugués, que habría revelado a Colón el secreto de esas tierras oceánicas en el momento de su muerte. Se acude a cualquier novela o fantasía menos a la única verdad: la que está en libros y mapas y no necesita tormentas que conviertan a naufragos en predescubridores del Nuevo Mundo.

El conocimiento de la existencia de América, antes del primer viaje de Colón, es algo que se anuncia con la seguridad de los medievalistas de que existía una cuarta parte del mundo y que esta cuarta parte no estaba lejos de Europa a través del Atlántico. Otro hecho indiscutible es la regla geográfica y cartográfica de los medievalistas de dividir la inmensidad del Asia en tres Indias: la pregangética, la gangética y la postgangética, a las cuales se añadía, como última, la India Oriental, hoy América. Esta división de Asia en tres Indias más una inmensa península Oriental era bien conocida por Colón que, a menudo, hablaba de las Indias, en plural, para referirse al viaje que iba a iniciar y a las tierras que había descubierto después de la primera travesía. Colón señalaba comúnmente las Indias, en plural, y sabía lo que decía; pero a sus comentarios no los han entendido y han creído que aludía a la India del Ganges, a la más remota, cuya unión con Europa, por la ruta del Oriente por el Occidente, habría representado un viaje muchísimo más largo y peligroso que el que, con años de camino, se hacía a través de toda el Asia.

La visión geográfica que los americanistas tenían de la concepción colombina presentaba a Colón como un hombre alucinado o tristemente equivocado. Colón habría pretendido ir desde Europa hacia la India del Ganges en un solo viaje, cruzando un Océano Atlántico inmenso, de miles de leguas, sin un punto de descanso, realmente imposible de realizar. Por ello se dijo, más de una vez, que el más grande error

de la historia humana dio por resultado la aparición de América. También se afirmó que si Colón hubiera sido un hombre culto, América no habría sido descubierta, como era un gran ignorante y un pobre soñador, tuvo la suerte y la sorpresa de encontrar, a mitad de camino, un continente que hoy se llama América.

Estas y otras aseveraciones sólo demuestran la incultura de los eminentes autores que las profirieron y la oscuridad que aún envuelve el problema del descubrimiento de América. La esencia de este problema es simple: hay que saber si Colón se lanzó al mar para ir a la China y a la India del Ganges, o para llegar a una tierra que él sabía, con plena seguridad, que existía, como había dicho Aristóteles, a pocos días de navegación desde Europa.

Las posiciones son dos: o Colón era un desvariado que proyectaba ir en un solo viaje, sin un instante de descanso, desde Europa hasta la China o la India, o era un marino seguro de su viaje que sabía muy bien que llegaría a unas tierras no lejanas de Europa. En el primer caso, Colón era un supremo ignorante, en el segundo, era alguien que conocía la existencia de la futura América porque él la había visto o alguien se la había revelado. No se concebía una tercera solución o explicación.

Los historiadores que, por justas razones, no creen en predescubrimientos de Colón o de un precursor desconocido, caen en la convicción de que Colón quería navegar nada menos que de Europa a la India gangética, miles de leguas, en un mar desconocido, donde, con absoluta seguridad, se habría perdido. Colón habría sido un inculto; los asesores de los Reyes Católicos, otros ignorantes, y los reyes unos pobres cerebros que se habrían dejado convencer por unos asesores iletrados. La milagrosa, inesperada, aparición de América habría cambiado la historia del mundo. El mérito del descubrimiento no lo habría tenido nadie, pues todos no habrían pasado de unos insuperables ignorantes. Esta es la tesis preferida por los enemigos de Italia y de España y, ahora, de algunos indigenistas que están ensuciando la historia.

La realidad y la verdad de los hechos son un poco distintas. Debemos analizar el gran problema con alguna atención. Ante todo, no existe una sola declaración de Colón, ni de los asesores de los reyes, ni de los reyes, ni de un humilde grumete, que diga que Colón se propuso navegar de España

a la India del Ganges en un viaje que habría durado meses, en miles de kilómetros, sin ver más que el cielo y las aguas del Atlántico. Esta fantasía, nacida de imaginaciones poco cultas, no existe como realidad histórica documentada. Nadie podrá traer una sola prueba que lo demuestre. Se trata de una suposición descabellada, de un error, de una fábula: jamás de una posibilidad histórica ni de un intento emprendido por Colón, quienes la repitan darán muestra de sus desconocimientos o nula información histórica. Esperemos que la sensatez de los futuros historiadores no los haga caer en esta estúpida tradición.

La otra teoría, la del predescubrimiento hecho por Colón o un precursor ignorado, está *sub judice*, bajo juez. Unos estudiosos la aceptan y otros la niegan. El tiempo dirá. Entre tanto hay que ir a datos seguros, comprobaciones difíciles de discutir.

Don Hernando Colón en la vida que escribió de su padre, el Almirante, enumeró, en forma perfecta, las causas que llevaron a Colón a emprender su viaje con la seguridad absoluta de hallar islas y tierras firmes al otro lado del Atlántico, no muy lejos de España. Ahí está el libro admirable en su precisión, y el que quiera leerlo que lo lea.

Colón, como veremos, tenía la convicción irrefragable de que a unas setecientas cincuenta leguas de navegación hacia el Oeste encontraría la Tierra firme de las Indias. Estas setecientas cincuenta leguas que daba Colón a su navegación en el Atlántico bastan y sobran para demostrar a quienes sueñan con un viaje al lejano Oriente que no se trataba de una excursión tan inmensamente dilatada, sino de un viaje de setecientas cincuenta leguas, que es algo próximo a la realidad. Todo lo que se ha atribuido falsamente a Colón, de un viaje de miles de kilómetros, a los extremos del mundo —imposible de realizar— se esfuma —y debe olvidarse terminantemente— con la simple mención de las setecientas cincuenta leguas que Colón afirmaba que tendría su travesía del Atlántico.

Ahora bien: estas setecientas cincuenta leguas no iban, ni remotamente, de España a las Indias del Ganges, sino a alguna tierra o islas mucho más próximas. ¿Cómo sabían, Colón y los reyes, que a unas setecientas cincuenta leguas había tierras o islas? ¿Por qué repetían, unos y otros, en muchos documentos, que estas tierras e islas estaban “ad partes

Indae”, hacia las partes de la India? ¿Y por qué hablaban de Indias, en plural, y no de una sola India?

Las respuestas son elementales. Si Colón hablaba de setecientas cincuenta leguas de travesía para llegar a ciertas tierras es porque las había recorrido o, más probable, porque las había calculado en algún mapamundi. De estos mapamundis conocemos dos: el de Enricus Martellus, de 1489, y el de Ptolomeo, de comienzos del siglo segundo de nuestra era. El de Martellus no sabemos si Colón lo llevaba consigo, pero el de Ptolomeo consta en muchos escritos que estaban siempre a su lado. Ahora bien: el de Ptolomeo mostraba el Asia, la Persia, la India, la Indochina, un Golfo Grande, que era el Pacífico, y una costa que es la de las actuales repúblicas de Estados Unidos, México, etcétera. No mostraba el resto del continente sobre el Atlántico, pero era fácil suponerlo. El Océano Atlántico, por tanto, como había dicho Aristóteles y habían confirmado tantos cosmógrafos de la Edad Media, no podía ser muy extenso. Si Colón consultaba el mapamundi de Martellus no había dudas y la distancia, más o menos, era la que él decía.

Otra respuesta: si en los documentos se hacía constar que las tierras que iba a buscar Colón se hallaban “ad partes Indae” es porque se encontraban, en efecto, hacia las partes de las Indias, en plural: las tres Indias en que se dividía el Asia y la cuarta India, la Oriental, la más próxima a Europa. Nadie soñaba, ni nadie mentía. Todos miraban los mapas. Y, por último, si se hablaba de Indias, en plural, era porque las Indias eran cuatro: tres en el Asia y una en forma de inmensa península, la India Oriental. Todo esto, repetimos, no era preciso haberlo redescubierto en viajes anteriores al de 1492. Había que mirarlo en los mapas.

El hecho de que los Reyes Católicos se considerasen señores del Océano, como consta en la capitulación tomada con Colón, no significa que lo declarasen porque Colón, en un viaje predescubridor, les había dado ese señorío. Lo eran por el tratado de Alcabobas, de 1789-90, bien conocido, que partía el mundo por un paralelo que pasaba por las Canarias y dejaba la zona Norte para España, y la Sur, para Portugal. Estos reyes cuidaban mucho la costa del África que estaban explorando y explotando. España tenía su almirante de Castilla. Colón fue nombrado Almirante del Mar Océano, no de los mares de Castilla: otra cosa era, repetimos “Almirante en to-

das aquellas islas e tierras firmes que por su mano e industria se descubrirán e ganarán en las dichas mares oceanas". En un todo estaba equiparado, honores y beneficios, a don Alonso Enríquez, Almirante Mayor de Castilla. Uno era Almirante del Mar Océano, de las islas y tierras firmes que descubriese; el otro era Almirante de Castilla.

Hemos escrito tierras firmes, en plural. ¿Por qué? Primero por que así lo dicen los reyes en las capitulaciones con Colón y otros documentos: siempre hablan de tierras firmes, en plural, y, segundo, porque cuando le recomiendan que deje en su lugar algunas personas es porque podía salir de las "islas e Tierra firme (en singular) porque convenía que fuédeses a descubrir otras islas e Tierra firme..." Es decir: podía estar en una Tierra firme y necesitar ir a otra Tierra firme.

La existencia indiscutible de dos Tierras firmes es la prueba terminante de que Colón y los reyes no ignoraban que había, hacia el Occidente, dos o más Tierras firmes. Y no era menos: tres Indias en el Asia y una India Oriental que más tarde fue nuestra América. Eran, repetimos, las que se veían en los mapamundis y Colón se proponía descubrir. Y algo más: en sus conversaciones con Andrés Bernáldez le dijo claramente que pensaba ir a la corte del Gran Khan, a Persia, y dar la vuelta al mundo hasta llegar a España. No hay duda de que Colón había leído a Juan de Mandeville, como evoca también Bernáldez. Mandeville describe muy bien esta navegación del globo que Colón se proponía llevar a cabo.

Sabido es que aún existen algunos contados colombistas, no muy profundos en sus estudios, que se empeñan en sostener que Colón soñó ir, en un solo viaje, desde España hasta la China. No conciben, pues nunca leyeron un libro nuestro, que Colón pudiese llegar, primero, a una tierra intermedia, un punto o descanso, un continente como la India Oriental, hoy llamada América, y de ahí pasar al Sinus Magnus de Ptolomeo, a la corte del Gran Khan y al resto de la Tierra hasta llegar a España como hizo, años más tarde, el gran Elcano. En otras palabras: no creen que Colón supiese la existencia de "dos" Tierras firmes: la primera, o "de acá", o sea, la India Oriental, y la "de allá", del Gran Khan, la China. Pues bien: fue el extraordinario colombista Juan Manzano y Manzano quien trajo la prueba terminante de que Colón, no bien llegado a España, escribió a Luis de Santángel y le dijo que

en la isla Española podía haber un gran “trato así de la Tierra firme de acá, como de aquella de allá, del Gran Khan”. Es indudable que Colón sabía que la India Oriental era una Tierra firme “de acá”, y que la otra Tierra firme, la “de allá”, era la del Gran Khan. Pero los eternos negadores, por razones que es mejor no indagar, replicaron que la Tierra firme de acá era Europa, y la de allá, América. No es así: hemos hecho notar que en su diario, antes de volver a España, Colón habla del comercio que se podía hacer con el algodón entre la tierra donde estaba, América, y la del Gran Khan, la China, el Oriente. Es lo mismo que dijo, poco después, a Santángel. Manzano ni nadie conocieron esta corroboración. Ahora no quedan dudas de que Colón y los reyes sabían, en forma perfecta, que entre Europa y los dominios del Gran Khan existía un inmenso continente, un llamado en los mapamundis India Oriental, que era una tierra de “acá” y que más allá había otra tierra firme donde moraba el Gran Khan.

Es por estas razones que no era posible que el Atlántico tuviera una amplitud inmensa, imposible de recorrer, como habría sido si se hubiese tratado de un viaje de España a la China o la India. Los reyes sabían, sin la menor duda, que Colón iba a descubrir, primero, una tierra firme e islas, y luego, no bien descubiertas, saldría en busca de la otra tierra firme: es decir, primero se dirigiría a la India Oriental (América) y luego a la Tierra firme donde estaba el Gran Khan. Lo dicen, por ejemplo, los Reyes Católicos a Colón, en su carta de privilegio, a los pocos días de firmada su capitulación: “Por cuanto vos, Cristóbal Colón, vades por nuestro mandato, a descubrir e ganar . . . ciertas islas e Tierra firme en la mar Océana e se esperá que con el ayuda de Dios se descubrirán e ganarán algunas de las dichas islas e *Tierra firme* en la dicha Mar Océana por vuestra mano e industria . . .” Colón partió, en 1492, para descubrir algunas islas y una Tierra firme: la India Oriental. Luego descubriría otras islas y la otra Tierra firme del Gran Khan. No olvidemos que lo repite él mismo en su diario y en su carta a Santángel.

La totalidad de los colombistas, antiguos y actuales, están convencidos de que Colón, en su primer viaje, anduvo por algunas islas del Caribe y no tocó el continente. Excluimos de esta totalidad al grupo argentino que tiene otros conocimientos. El contacto de Colón con el continente se habría producido únicamente en su tercer viaje, en 1498, un año des-

pués de haber alcanzado esos mismos lugares Américo Vespucci, en 1497. Ningún colombista se detuvo a pensar que el fin de Colón era llegar a una Tierra firme, que lo expresa en muchos de sus escritos y que, tanto él como los reyes de España, manifiestan, en varias oportunidades, que tocó el continente, la Tierra firme, la costa americana, en octubre de 1492.

¿Por qué esta incompreensión, este olvido, este desconocimiento, esta negación u ocultamiento de un hecho tan importante como el de reconocer que Colón desembarcó en la costa continental americana en octubre de 1492? Lo ignoramos. El hecho es que los reyes declaran, en muchas ocasiones, que Colón llegó a Tierra firme. El mismo Colón lo repite en otras oportunidades. Documentos de suma trascendencia lo dejan consignado. La negación ha sido continua y terminante y esta obsesión negativa ha durado quinientos años.

Ahora bien: este desconocimiento realmente increíble va unido a otro olvido u otra muestra de suprema ignorancia. Colón, en su carta a Santángel, le dice que descubrió unas islas y, entre ellas, una que llamó Juana. Esta Juana era tan grande “que pensé que sería Tierra firme...” ¿Qué isla era ésta?

Muchos colombistas aseguran que era un nombre de Cuba, o sea, Isabela. Otros dicen que “hay que tener cuidado con su estudio”, o sea, no saben dónde estaba. Y de esto no se ha pasado.

Nuestras investigaciones —una lectura atenta de los documentos— nos han convencido de que la isla Juana, que los indios también llamasen Cuba, como la isla donde nació Martí, no era esta isla Cuba, sino la Florida. Los indios le daban, como dijimos, el nombre Cuba. Colón en un instante supuso que era una isla: pero pronto se convenció de que se trataba de la tierra firme. Había desembarcado en la Florida y lo sabía muy bien. No vamos a desarrollar la demostración de este hecho que hacemos en otro lugar. Decimos que lo supo Colón y, en seguida, no bien llegado a España, lo supieron los reyes, lo consignaron en no pocos documentos y lo hicieron saber al Papa, el cual no dejó de repetirlo en sus bulas famosas. Los reyes, por ejemplo, en una carta del 30 de marzo de 1493, escriben: “Sepades que Nos nuevamente habemos fecho descubrir algunas islas e Tierra firme en la parte del Mar Océano a la parte de las Indias...” Martín Alonso Pinzón, cuando llegó a Bayona, en Galicia, según el gran his-

torizador Jerónimo de Zurita, refirió “como había hallado las islas e Tierra firme que iba a descubrir”. El mismo Colón, cuando instituyó su mayorazgo, el 22 de febrero de 1498, recordó “que en el año de 92 descubriese la Tierra firme de las Indias y muchas islas”. El 30 de abril de 1493, cuando los reyes confirmaron en Barcelona sus privilegios, le repitieron que lo reconocían en sus cargos de Almirante y virrey “de las dichas islas e Tierra firme que habéis fallado e descubierta e de las otras islas o Tierra firme que por vos o por vuestra industria se hallaren e descubrieren de aquí adelante en las dichas partes de las indias”.

Juan Manzano y Manzano, el gran colombista español, ha demostrado en su atrayente libro *Colón y su secreto. El pre-descubrimiento* (Edición de Madrid, 1982) que Colón conocía muy bien la existencia de dos tierras firmes. No sólo lo sabemos por los párrafos de documentos que hemos transcritos, sino porque las veía en los mapamundis de Ptolomeo y de Martellus. Los colombistas, como es lógico, no citan estos mapas porque su cultura no llega a tanto, pero cualquiera que los mire un instante comprende que no es necesario predescubrir América para saber que una Tierra firme era la India Oriental, y otra la de “más allá”, la del Gran Khan, como dijo Colón en dos oportunidades y como se ve, repetimos, en los mapamundis mencionados. En Martellus, por ejemplo, Colón —y cualquiera— podía y puede ver todo el continente americano, desde el Norte hasta la Tierra del Fuego, que está, por cierto, bien dibujada. Y, al otro lado de este continente o península o India Oriental, estaban el Sinus Magnus, hoy Océano Pacífico, extraordinariamente reducido en su amplitud por error de Ptolomeo, y las tierras del Gran Khan. Colón podía, por tanto, hablar con tranquilidad y seguridad de las dos Tierras firmes. Y más, si se hubiera referido a las tres Indias asiáticas y a la Oriental.

Los historiadores de Colón han querido averiguar cuándo el genovés concibió el plan que ofreció primero al rey de Portugal y luego a los reyes de España. Las opiniones son muchas. Lo seguro, de acuerdo con el testimonio principal de su hijo don Hernando, es que los papeles de su suegro, que entregó a Colón su suegra, viuda, pueden ser los que despertaron alguna idea en la mente colombina. En seguida viene la correspondencia con Toscanelli. Colón, hombre instruídísimo, había estudiado en la Universidad de Pavía y en todo momen-

to de su vida manejó a enciclopedistas medievales, mapas antiguos —entonces muchísimo más abundantes que hoy— y todo género de referencias que le hablasen de tierras al otro lado del Atlántico. Casi podríamos decir que la descubridora de América fue la suegra de Colón, que le dio los papeles y no sabemos qué más de su marido Bartolomé Perestrello.

A todo esto hay que agregar —y no olvidar— las cartas de Toscanelli —tan discutidas y perfectamente auténticas— que afirman la proximidad de Europa con el Oriente por la vía del Atlántico. La seguridad de que Colón tuvo estas cartas en sus manos se comprueba con lo que dice en el prólogo a su diario de navegación. Las ideas, los conceptos, los datos expuestos en las cartas de Toscanelli y en el prólogo al diario aparecen escritos por la misma mano. Esto confirma la autenticidad de las cartas y del prólogo. Toscanelli sostenía que en un mapa que envió al rey de Portugal “derecho por poniente está pintado el comienzo de las Indias”. Nótese que habla en plural y que la primera India, navegando desde el Oriente, era la Oriental (América). Por otra parte, Duarte Pacheco, en su *Esmeraldo de situ orbis*, recordó que antes de Colón en Portugal se discutía si era mejor ir descubriendo a lo largo de las costas, sin apartarse de ellas, para conocer ciudades y gentes, o “atravesar con ánimo esforzado la extensión del Océano hasta dar en alguna tierra de la India o vecina della, que por esta vía se acortaría el camino”. Vemos que en Portugal no se ignoraba que el Asia estaba dividida en Indias (“alguna tierra de la India”). Lógico era que, si partían de Portugal hacia el Oeste no iban a parar a la preganética, sino a la primera que encontrasen, la India Oriental. O los cosmógrafos seguían a Toscanelli o Toscanelli explicaba lo que sabían los cosmógrafos. Lo único cierto es que nadie sabe qué mostraba el mapamundi de Toscanelli.

Por ello es imposible sacar conclusiones de un mapamundi que nunca nadie ha visto. Lo han hecho, hace un siglo, algunos colombistas entonces famosos; pero hoy no podemos caer en esas debilidades. Si tuviéramos que buscar alguna influencia cartográfica en la concepción colombina no podemos pensar en Toscanelli porque, salvo sus palabras, su mapamundi se ha perdido. La única influencia cartográfica que pudo influir en Colón es el mapamundi de Enricus Martellus. Hasta que lo redescubrimos nosotros, en 1942, nadie se dio cuenta de su importancia. Hoy no se puede trabajar sin él. Verdad

es que aún hay colombistas que nunca lo han visto y otros que aseguran que no hay animales con un solo cuerno, pues el rinoceronte no existe. Mírese este mapamundi y verifíquese qué distancia puede haber entre las costas de Portugal y España y la India Oriental (América) que da sobre el Atlántico. El cálculo es imposible, pero se acerca más a las setecientas cincuenta leguas que Colón señalaba entre Europa y la India que a los miles de leguas que podían existir entre España y la India del Ganges si no hubiera existido América. La conclusión es que Colón no ignoraba que entre la India gangética o el Oriente y España había un corto trecho de navegación. Y esto lo sabía porque lo veía en los mapamundis y no porque se lo dijese un náufrago fabuloso que no fue otra cosa que el recuerdo de su suegro.

La distancia entre Europa y la India Oriental es dada por Colón con suma precisión el 2 de noviembre de 1492. Nos dice que andaba por los 42 grados de latitud Norte y que “por su cuenta halló que había andado desde la isla del Hierro mil y ciento cuarenta y dos leguas y todavía afirma que aquella es Tierra firme”.

Es una prueba —palabra de Colón— de que el Almirante había comprobado dos hechos fundamentales: uno, que su viaje se había hecho por el paralelo 42° Norte, y, otro, que la distancia era casi exacta, pues Fernández de Navarrete calculó mil ciento cinco leguas. Esto nos deja la seguridad de que Colón, si se lanzó al mar, sabía que no iba a navegar miles de leguas para llegar al Oriente, como han escrito, durante varios siglos, tantos sabios colombistas, sino que el viaje había durado un poco más de lo que él había calculado: 750 leguas desde las Canarias hasta la India Oriental. Hay tres croquis o esbozos de mares que han sido atribuidos a Cristóbal Colón, a su hermano Bartolomé, a Alejandro Zorzi y a algún otro dibujante desconocido. Estos croquis nos muestran a la derecha del lector España y África, y a la izquierda, América, con el nombre de Asia. Nuestra América era la última península del Asia. No hay un etnógrafo que no reconozca que los indígenas americanos tienen sangre asiática y no hay un cosmógrafo ni un mapamundi medieval que no muestre nuestra América como la última península o inmensa tierra del Asia, como la India Oriental. Hasta Plinio dijo que “inter finem Hyspaniae Ulterioris, id est Africa a parte occi-

dentis, et inter principium India a parte orientis non est magna latitudinis”.

Esta gran tierra firme y las islas próximas, que se veían en muchos mapamundis, fueron el objetivo primordial del primer viaje de Colón. Lo declara la capitulación que los Reyes Católicos firmaron con él: “vos, Cristóbal Colón, vades por nuestro mandado a descubrir e ganar . . . ciertas islas e Tierra firme en la Mar Océana...” Esta Tierra firme, como dice el propio Colón en su diario, era “las Indias”. Se fue a las Canarias “para de allí tomar mi derrota y navegar tanto que yo llegase a las Indias”. No sabemos cuál fue “mi derrota”. Tres veces Colón escribe que anduvo por el paralelo 42° Norte. Una vez mencionó 34° Norte. Otros paralelos son inventados o supuestos por historiadores más o menos modernos.

Colón, según el *Diario*, “tomó su vía y camino al Oeste”. Cada tanto subía al Noroeste. No se sabe cuántos grados o minutos se elevaba. Por orden de los reyes de España y por las amenazas del rey de Portugal, no navegó hacia el Sur. Lo que se ignora es qué paralelo siguió desde las Canarias hacia el Oeste. No existe una sola prueba que demuestre que Colón avanzó hacia el Oeste sobre el paralelo 28° Norte o unos menos. En los *Pleitos*, algún testigo dice que Colón fue “a descubrir las indias que entonces nombraban Antilla...” Era el nombre de una isla de los mapamundis medievales. El viaje, según don Hernando, en la vida de su padre (capítulo XXII) iba a durar “setecientas cincuenta leguas” pero esto el *Diario* no lo consigna. Según don Hernando lo habría asegurado a los marineros el día 7 de octubre. Manzano piensa que a esta distancia Colón sabía que hallaría tierra porque se lo había revelado el nauta desconocido predescubridor de América. Otros colombistas se han preguntado cómo pudo saber esta distancia y no han hallado respuesta. Ninguno vio el mapamundi de Martellus. Las Casas, que tomó el dato de don Hernando, agrega que Colón, el 11 de octubre, el día anterior al descubrimiento —a pocas horas— recomendó a los marineros “que después de haber navegado por poniente setecientas leguas sin haber encontrado tierra, no caminasen desde la medianoche hasta ser de día”. (Las Casas, Libro I, capítulo XXXIX.) Colón conocía esta distancia antes de emprender su primer viaje, pues había hecho difundir esa orden “en el primer capítulo de la instrucción dada por él a todos los navíos en las Canarias”. El viaje está, por tanto, científicamente

preparado y no podía equivocarse ni en horas, como no se equivocó. Más asombroso, imposible. Pero, salta una duda: esta aseveración de don Hernando, respecto a los planes de su padre ¿la hace don Hernando después del descubrimiento, la hace don Cristóbal antes del descubrimiento? El valor testimonial es muy diferente en uno y otro caso.

¿Es totalmente cierto lo que dice don Hernando? Al lector le es lícito dudar. En lo que no puede dudarse es en el conjunto de los otros hechos que llevaron al descubrimiento de América y que Colón realizó durante la travesía. No debemos olvidar que Colón consultaba algunos mapas. Las Casas supone que uno era el de Toscanelli. Muchos colombistas lo ponen en duda. Todo puede ser puesto en duda, especialmente cuando nunca ha visto ese mapa. Pero lo que no puede dudarse es lo que muestran otros mapas, como el de Martellus, que no da distancias precisas, pero nos presenta una proximidad, entre España y el comienzo occidental de la India Oriental, que hace meditar. Sin embargo, algunos sabios colombistas repiten que el mapamundi de Martín de Behaim es un fiel trasunto del de Toscanelli en lo que se refiere a las tierras del Extremo Oriente. Lo que puede verificarse es que el mapamundi de Behaim es una copia del mapamundi de Martellus, que nadie menciona y nadie sabe porqué. A menos que algún día se demuestre que el mapamundi de Martellus es una copia o trasunto del de Toscanelli, pero esto, por desgracia, nunca se probará.

Sabido es que la India Oriental fue avistada, en sus primeras islas, a más de mil leguas de las Canarias. Las setecientas cincuenta leguas que había previsto Colón fueron sobrepasadas por la realidad, pero la aproximación, frente a los miles de leguas que hubiera debido navegar si realmente se hubiera dirigido a la India del Ganges, es impresionante. No hay duda de que Colón sabía que las tierras buscadas no eran la lejana India ni el lejano Oriente, sino una India Oriental infinitamente más cercana a España. La realidad geográfica demostró lo acertado de esta suposición colombina. Pero lo que sigue sin resolver —salvo el testimonio revelador de los mapas— es cómo supo Colón que la India Oriental estaba tan cerca de Europa. Luis Ulloa, hace años —amigo muy querido e inolvidable— estremeció al mundo colombino con su tesis de que Colón fue el predescubridor de América.

La primera prueba es el encabezamiento de la capitula-

ción con los Reyes Católicos donde se lee que Colón se dirigía a tierras que "ha descubierto" antes del viaje que iba a emprender. Mucho se ha escrito sobre este tema y ya lo hemos resumido en nuestra *Historia de Cristóbal Colón* de 1942. La segunda prueba es el relato del poeta cronista Juan de Castellanos en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*: el poema más extenso del mundo. Estos dos testimonios, sin mencionar otras muchas semipruebas, bastan y sobran para no dejar dudas sobre el predescubrimiento de América por Colón en una fecha anterior al 1492. No creemos, en cambio, en la fábula consignada únicamente por Gonzalo Fernández de Oviedo —que tampoco creía en ella— y que no es más que una versión deformada de la vida de su suegro que nunca descubrió nada, pero tuvo a Colón en su casa y su mujer —suegra de Colón— le regaló sus mapas y otros papeles. Es muy posible, por tanto, que, además de los mapas y noticias de tantos autores antiguos y medievales, Colón supiese, por su propia experiencia, que había tierras al otro lado del mar en una distancia más o menos aproximada, pero que no era la de incontables leguas hasta el lejano Oriente.

La tradición, burda y estúpida, que llenó de ignorancia a tantos niños y viejos, de que Colón se propuso unir, en un solo viaje, España y el lejano Oriente, puede archivararse entre los despropósitos con que se ha ensuciado la historia de Colón y del descubrimiento de América.

Colón tenía la orden de los reyes de España de ir al Gran Khan. Colón veía en los mapamundis de Ptolomeo y de Martellus que el Gran Khan vivía en la China y que ésta se hallaba a corta distancia de la costa donde se encontraba, entre otras ciudades, Cattigara, y era el continente que Martellus dibujó en su integridad. Llegó a la isla Guanahaní y tocó en el continente a mediados de octubre de 1492. Había llegado a la primera India, a la Oriental: una de las cuatro Indias que llenaban el Asia. Estaba en los confines del Asia, en las últimas tierras del Asia que daban sobre el Atlántico. Era, a la vez, el comienzo y el fin del Oriente, como declararon, tantas veces, Colón, Vespucci y otros navegantes de aquellos años.

Estas tierras, los confines del Asia sobre el Atlántico, no podían tener otro dueño que el Gran Khan de Tartaria, el descendiente de Kublai Khan, el amigo de Marco Polo. Era lógico que Colón enviase emisarios a recorrer la región y ver si encontraban ciudades, gentes, alguien que supiese dar no-

ticias del Gran Khan, de Cipango, del Catay, de Zaiton, de cualquier punto mencionado por Marco Polo, el embajador del Papa que más había recorrido esos países. No soñaba Colón, ni estaba equivocado. Era lo único que podía y debía hacer. El mapamundi de Ptolomeo y el de Martellus, que reproducía el Oriente ptolomeico, sabemos que exhibían un Océano Pacífico —Sinus Magnus— enormemente reducido. Nadie podía dudar, con esos testimonios, de que el Gran Khan no se hallaba lejos, sino muy cerca, y que lo mismo ocurría con las tierras por donde había andado Marco Polo. Colón no estaba equivocado. Quienes habían cometido errores inmensos eran Ptolomeo y su repetidor Martellus.

Cuando Colón sostiene que está en "Tierra firme" y que esa tierra es Hayton, Quinsay o cualquier otro nombre poliano dice una verdad y repite una mentira. La verdad es que, en efecto, estaba en Tierra firme: la costa de los actuales Estados Unidos, y la mentira es que esas ciudades asiáticas no estaban tan próximas, como mostraban los mapamundis, sino muy lejos, como sabemos hoy en día.

En cuanto a los 42° Norte donde Colón dice que se encontraba, los críticos colombinos aún no saben qué sentenciar. Unos afirman que Colón era un embustero y quería engañar a portugueses y españoles para que no supiesen por donde había andado. Otros sostienen que era un ignorante y no sabía tomar las alturas. Otros creen otras absurdidades. Ninguno admite que dijo la verdad. La consigna es contradecir, refutar, a Colón. Nosotros creemos en esa altura porque, cuando dice que una noche, por ejemplo, duró quince horas, esas horas, en ese día, prueban que quien las contó se hallaba arriba de los treinta y tantos grados. De modo que Colón dijo la verdad y no hay más que hablar.

El no haberse dado cuenta de estas realidades ha hecho que todos los colombistas hayan creído que la tierra Juana era una isla, nada menos que Cuba, y que esta isla se llamaba Cuba, Juana e Isabel. La verdad es que los indios la denominaban Cuba y Colón la llamó Isabel. El nombre Juana Colón lo dio a otra tierra, muy próxima: la península de la Florida. Por ello están en un error mayúsculo quienes suponen, por ejemplo, que el río de Mares se hallaba en Cuba mientras que, en cambio, se encontraba en la Florida.

Un punto muy fácil de conocer es la latitud que Colón asigna a la isla Guanahaní. El 13 de octubre nos dice, en su

*Diario*, que los indios tenían un color parecido a los guanches de las islas Canarias, “ni se debe esperar otra cosa, pues está Lestegüeste con la isla del Fierro en Canarias, so una línea”. Estas palabras nos revelan una ubicación; pero no prueban que Colón hizo el viaje por el paralelo de las Canarias, el 28° Norte, lo cual estaría en abierta contradicción con las tres veces que dice estar en el paralelo 42° Norte.

Otra prueba que muchos colombistas han traído para demostrar que Colón llegó al Caribe por el paralelo 26° Norte y así encontró la isla de Guanahaní es la carta a Luis de Santángel, del 16 de febrero de 1493. En ella, Colón le habla de muchas cosas y en un momento le dice: “En estas islas, hasta *aquí no he hallado hombres monstrudos*, como muchos pensaban, mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento, ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos corredíos, y no se crían donde hay speto demasiado de los rayos solares: es verdad que el sol tiene *allí* gran fuerza, puesto que es distinto de la línea equinocial veinte y seis grados”.

Bastaron estas últimas palabras —“veinte y seis grados— para que los colombistas de todo el mundo sentenciaran que ellos probaban que Colón había navegado por ese paralelo desde las Canarias hasta Guanahaní. La rutina y los plagios sucesivos hicieron lo demás. Fue necesario que acudiese un joven colombista argentino —Daniel Balmaceda— para que enseñara a leer a todos los genios del colombismo. El párrafo de Colón, en la carta a Santángel, no dice lo que creen tantas eminencias. Ante todo hay una palabra que, por dificultades paleográficas, no se sabe cómo descifrar: “Speto”. Unos lo leen como “espeto”, asador, fuego, calor. Otros interpretan “ímpetu”. La duda es intrascendente. Lo importante es que Colón no dice, en ningún instante, que navegó por el paralelo 26°. Daniel Balmaceda explica, y demuestra, que Colón dice algo diferente. En efecto: habla de Guinea, en África, compara a sus habitantes con los del Caribe y vuelve a Guinea para aclararnos que “allí”, en Guinea, el sol tiene gran fuerza, puesto que dista de la línea equinocial veintiséis grados. Entiéndase bien: en Guinea, no en el mar e islas de donde venía Colón, Balmaceda nos da una traducción o versión moderna de las palabras de Colón. Es ésta: “Hasta *aquí* (este lugar) monstruos no encontré. Por el contrario: encontré gente de lindo semblante. No son negros como los de Guinea; tienen el cabello liso. Tampoco están donde los ra-

yos solares tienen tanto ímpetu. Es verdad que el sol tiene *allí* (otro lugar, en Guinea) gran fuerza, puesto que dista de la línea equinocial veintiséis grados...”

Es evidente que los colombistas sensatos y no maniáticos no volverán a basarse en los “veintiséis grados” de Guinea para atribuirlos a las islas del Caribe. No hay una prueba, repetimos, que demuestre que Colón navegó en el Atlántico, desde las Canarias hasta Guanahaní, por un solo paralelo: el 26 ó 28. Podrá alegarse que el *Diario* fue sintetizado, manipulado, etcétera, por el Padre Las Casas y que éste pudo ajustarlo a su gusto; pero no debemos dejarnos llevar por esta argumentación que, aunque cierta, no pasaría de una suposición. Los colombistas han dicho muchas cosas y no han llegado a una conclusión firme. Los que creen que Colón supuso —y estuvo convencido de ello— que Cuba era tierra firme y se hallaba, por tanto, en un error, no han comprendido, todavía, que Juana era la Florida, ni han leído a Colón cuando dice que salió de la Isabela (Cuba) para ir a otra Cuba o Juana, que era la futura Florida. Con estas confusiones, por no saber, en una palabra, que había dos Cubas: una Isabela y otra Juana, e ignorar, también, que la información de 1494 hecha por Colón para probar que Cuba era tierra firme decía la más pura verdad, pues esa Cuba no era la que todos conocemos, sino la Juana, o sea, la Florida, no es extraño que todavía la historia no pueda explicar, a niños y decrepitos, por qué paralelo llegó Colón a la Tierra firme, ni dónde se encontraba, con exactitud, la isla Guanahaní.

Un hecho que no ha sido tenido en cuenta es el que muestra a Colón repitiendo, con gran frecuencia, que desde tal o cual isla había a tierra firme, tantas jornadas de navegación. Esto significa que Colón sabía muy bien que ahí cerca en la Florida o más al norte, estaba la tierra firme, es decir, el continente, y si lo sabía era porque lo había tocado o recorrido. Luego había pasado a las islas y en ellas decía que había que navegar tantos días para alcanzar la tierra firme. Este conocimiento sólo podía provenir del hecho de haber llegado Colón, en sus avances hacia el Oeste, simplemente, a las costas americanas de la Florida y actuales de Estados Unidos. Era, por otra parte, lo que se veía en los mapas mundis y lo que él buscaba: la tierra firme. Y en esta tierra firme aparecía algo que Colón se apresuró a señalar: el Paraíso terrenal. Figuraba, magnífico, con la forma de un gran

castillo, en el Oriente del continente hoy llamado americano del mapamundi de Andreas Walsperger, de 1448, redescubierto por el eximio americanista doctor Pablo J. Gallez. Otros colombistas, que no conocen este mapamundi, dicen lo que les pasa a ellos: que Colón soñaba o estaba loco.

El segundo viaje de Colón —salió de Cádiz el 25 de septiembre de 1493— tuvo por fin adelantarse a los portugueses que se preparaban a navegar hacia la tierra firme de la India (americana). Ni los reyes ni Pedro Mártir ignoraban que Colón había recorrido parte de la tierra firme en su primer viaje. Tampoco lo desconocía el rey de Portugal, dispuesto a adelantarse a los españoles. El 3 de noviembre de 1493, Colón llegó a la isla Deseada, según unos cronistas, o Dominica, según otros. Había andado, según Oviedo, exactamente setecientas cincuenta leguas, lo que don Fernando escribió que había anunciado su padre, el Almirante. Es decir: Colón había sabido, según don Hernando, antes de su primer viaje, que la distancia entre España y la India Oriental era de setecientas cincuenta leguas. Podríamos imaginar que don Hernando atribuyó a su padre unos conocimientos que sólo surgieron del resultado de su primer viaje; pero al lado de esta suposición tenemos la palabra de los reyes de España que dicen a Colón, el 16 de agosto de 1494: "... todo lo que al principio nos dijistes que se podría alcanzar, por la mayor parte todo ha salido cierto como si lo hubiéredes visto antes que nos lo dijédeses". Los reyes esperaban que lo que quedaba por saber así se continuaría. Nosotros creemos más en la palabra de los reyes que en las deducciones de los colombistas de nuestro tiempo.

La confirmación indiscutible de que Colón había llegado a la tierra firme en 1492 la tenemos en el acta que hizo levantar al escribano Fernán Pérez de Luna el 12 de junio de 1494. Este documento fue considerado una falsificación, un acto de fuerza que habría ejercido Colón sobre sus subordinados para probar que la isla de Cuba era tierra firme. Durante siglos recibió las burlas e improperios más brillantes. Los colombistas que lo examinaron y dijeron que Colón había querido probar que Cuba no era una isla, sino Tierra firme, lo único que demostraron fue su profunda ignorancia, su falta de análisis, de comprensión histórica y su incapacidad para tratar estos temas. El único que entendió algo de su valor fue Juan Manzano. Nadie más supo decir una palabra acerca de

este documento que tiene una importancia única en el estudio del descubrimiento de América. En efecto: el acta del escribano Pérez de Luna, tan incomprendida y calumniada por todos los genios que la leyeron sin saber lo que leían, empieza por demostrar: primero, que Colón no estaba en la isla de Cuba cuando hizo levantar el acta; segundo, que tocó mucho antes la Tierra firme, es decir, llegó al continente, no en su tercer viaje, en 1498, como repiten todos los loros que hablan de estos temas, y, tercero, que la otra Cuba, la llamada Juana, es la península de la Florida o una tierra más al Norte.

En efecto: Colón, en este documento, por intermedio de un escribano, nos dice que “él había partido de la dicha ciudad de Isabela con tres carabelas para venir a descubrir la Tierra firme de las Indias, puesto que ya tenía descubierta parte della el otro viaje que acá primero había hecho el año pasado del Señor de mil e cuatrocientos e noventa e tres años. . . ”

Quienes han leído cientos de veces este documento no se han dado cuenta, con su admirable perspicacia, de que Colón nos dice que no estaba en la Isabela, pues había partido de ella con tres carabelas, y que había ido a descubrir la Tierra firme que ya había descubierto el año anterior de 1493. ¿Quién discute frente a esta declaración? El Almirante continúa: en su viaje de 1493 no había podido comprobar si esa tierra era firme o no lo era, pues no había encontrado gente que lo informara. “Por esto no declaró afirmativo que fuese la Tierra firme, salvo que lo pronunció dubitativo, y la había puesto nombre la Juana, a memoria del príncipe don Juan. . . ”

Entendámonos: Colón no estaba seguro de que esa tierra fuese firme o no lo fuese. Por ello había dudado y le había puesto por nombre la Juana.

Ahora bien: sabemos por muchas declaraciones y la misma carta a Luis de Santángel, que Colón dio el nombre de Juana a una tierra en 1492, en octubre, y no en 1493. Por ello es probable que el escribano o Colón se hayan equivocado de año y en vez de 1493 se trate del 1492, como lo demuestran, sin la mínima duda, los documentos aludidos. Es así que, en esos momentos en que no estaba en la isla de Cuba —“y agora, partido de la dicha ciudad de Isabela”—. . . “vino a demandar la tierra de la dicha Juana más propinca de la isla Isabela”. Más claro, imposible: Colón, partido de Isabela-Cuba,

había ido a buscar la Juana, que estaba cerca de la Isabela; última prueba, para no cansar tanto, de que la Cuba de José Martí no era la Juana, que le estaba “propinca”, “veintidós leguas”, y terminó por llegar a una isla que los indios llamaban Jamaica y él le puso de nombre Santiago. “Y después volvió a la Tierra firme, a que llaman la Juana, al lugar donde que él había dejado, y siguió la costa della al poniente muchos días. . .” (Trescientas treinta y cinco leguas).

Fue por ello que “conoció muchas veces, y la pronunció, que esta era Tierra firme por la fechura e la noticia que de ella tenía. . .” Los indios le decían que esa tierra andaba la costa “al Poniente más de veinte jornadas, ni sabían si allí hacía fin. . .” Colón, para comprobar y demostrar que esa tierra era firme y no isla, “anduvo cuatro jornadas más adelante porque todos fuesen muy ciertos que era Tierra firme. . .” No es extraño que el escribano dejase constancia, con el parecer afirmativo de toda la gente que se hallaba en los navíos, que, en efecto, era firme y no isla. Basta.

Este documento, ultraperfecto, demuestra que Colón llegó al continente y anduvo por la costa de la Florida o de Virginia desde el 1492. Pero todos los colombistas, sin una excepción, hasta que nosotros, contra su voluntad, les aclaramos sus palabras, dieron muestra de una incomprensión, de una incompetencia, en estos estudios, que causa lástima. Han confundido fechas, hechos, documentos, afirmaciones de testigos. Su desorientación asombra. En su caos mental no han sabido realmente de qué estaban hablando, ni qué estaban estudiando. No hay una excepción. Y han llegado, sin darse cuenta, inconscientemente, a calumniar a Colón, a su hijo don Hernando y a otros testigos. . . Y esto viene desde el siglo pasado. Hasta un Garrefal, tan elegante en algunos pasajes, se ríe de Colón como si hubiera obligado a sus hombres a jurar que Cuba era una isla. Ahora es Colón quien se ríe de él al ver que no supo distinguir una isla de un continente. Otro colombista, más sutil en sus inquisiciones, nos presenta a don Hernando como a un embustero que nos habla de un indio que había hecho retener su padre y lo engañó diciéndole que Cuba era una isla mientras que, en cambio, le había dicho que era una tierra grandísima, sin fin. Los indios llamaban Cuba lo mismo a la isla donde nació Martí que a la Florida donde van a pasar lindos días tantos americanistas. Y no faltan los que insisten en que Colón se guiaba, en esos mares e islas, por el mapa-

mundi de Toscanelli. Nunca lo vieron, ni verán; pero no importa. Creen, ciegamente, que lo reprodujo Martín de Behaim en su famoso globo. Y no se dan cuenta —¡oh, santa inocencia!— que el globo de marras no es otra cosa que la reproducción exacta, en sus grandes líneas, del mapamundi de Martellus al que, como es natural, nunca se han preocupado de darle una hojeada o, mejor dicho, ojeada.

Bien cierto estaba Colón al creer, con toda razón, que había descubierto las últimas tierras del Asia, del Oriente, de los dominios del Gran Khan. ¿Qué eran esas tierras sino el fin del Asia y de los dominios gengiskhanidas? Un Nuevo Mundo dirán hombres sabios. Sí, así era: un nuevo mundo que se llamaba India Oriental y era la cuarta India en que otros sabios, pero medievales, habían dividido la inmensidad del Oriente. Pedro Mártir, Andrés Bernaldez y otros memorialistas que conocieron a Colón y oyeron sus palabras están conformes en que Colón anduvo por la "Tierra firme" muchas leguas. Nadie dudaba de esta llegada, en 1492, de Colón al continente de la India Oriental. Es algo que, en cambio, desconocen brillantemente los comentaristas modernos, no sabemos si por ignorancia o para disminuir la gloria de Colón. Este es el único que siempre dijo la verdad y la repitió a los reyes en no pocas ocasiones. Tanto en su relación del tercer viaje de 1498 como en su carta al Papa, de 1503, repite que descubrió trescientas treinta y tres "leguas de la Tierra firme, fin de Oriente" y "de Asia".

Ante estas y otras palabras semejantes de Colón, el padre Las Casas fue el primero que no las entendió. En su tiempo había comenzado la campaña de desprestigio en contra de Colón. Se decía que las tierras por él descubiertas no eran asiáticas, sino un nuevo mundo. Colón no había llegado a las Indias, como se había comprometido en su capitulación. Las Indias estaban miles de leguas más lejos, etcétera. Empezó una polémica que aún dura. Enfrentó a los colombistas que desconocen la cartografía de aquel tiempo y los que la conocen. Unos escriben que Colón sabía de la existencia de la Tierra firme, del continente americano, porque había sido arrojado a sus costas por una tormenta —muy probable— o porque le había revelado su realidad un naufrago que había corrido igual suerte: algo menos probable. Todo es posible en este y, sin duda, en otro mundo. Lo que no es muy posible es ser adivino y Colón no lo era. Lo que era no pasaba de un simple lector

de mapamundis. Éstos le mostraban todo el continente, como el de Martellus, copiado por Behaim y reproducido en otros mapamundis (hasta en el de Waldseemüller de 1507). De pronto, desaparecen las posibilidades o suposiciones de los predescubrimientos, tanto del mismo Colón como de su informante desconocido, únicamente mencionado por Oviedo, que no creía en él. También se hace menos probable la posibilidad de que los portugueses hayan llegado a América en los años de don Juan II y, por alguna filtración, Colón se haya enterado de que existía una tierra inmensa mucho más al sur. La tierra inmensa, con su Tierra del Fuego, llamada la Cola del Dragón, estaba en Martellus, de 1489, y, muy probablemente, en otros mapamundis semejantes, hoy perdidos. El hecho es que Colón veía, materialmente; la masa del continente en Martellus, tuvo noticias de los indios y se lanzó a descubrir las perlas. Esto pudo ocurrir en cualquier momento: tanto en 1494, como quiere el gran Manzano, como en 1498, como enseña la historia tradicional. El viaje de 1494 todavía no es seguro para la mayoría —o totalidad— de los americanistas. Lo que es seguro —y para Colón era segurísimo— es que el Almirante escribió a los reyes que la Tierra firme del continente americano era “grandísima” y que había “otras muchas en el Austro de que jamás se hubo noticia”.

Si nunca se había tenido noticia, como es histórico y lógico, de la inmensidad de la América del Sur, con su Tierra del Fuego (La Cola del Dragón) es porque nadie, jamás, la había recorrido. Y menos el náufrago ignorado que habría instruido a Colón. El conocimiento de la grandiosidad de esa tierra no había llegado al Almirante por ningún náufrago. Sólo podía provenir de un mapamundi que le mostrase, no sólo la tierra “infinita”, “grandísima”, sino sus principales ríos, la Tierra del Fuego y hasta la península hoy llamada de Valdés. No hay otra posibilidad ni ninguna imaginación podría inventar otra explicación.

No es extraño, por tanto, que en 1498, con Martellus, de 1489, en la mano, Colón haya asegurado a los reyes que había una tierra inmensa que se prolongaba hacia el Sur en forma infinita. Era la verdad, la que estaba mirando en Martellus y, junto a él, la veían, también, todos los que querían verla. Y tampoco es extraño que, con el mismo mapamundi, don Juan II haya pretendido una parte de esa inmensa península llamada India Oriental que Colón iba a buscar y que

alcanzó en 1492. Todo se explica con un solo mapamundi. Conocemos uno, pero en tiempos de Colón y de don Juan II es muy posible que haya habido muchos. No es necesario, tampoco en este caso, acudir a predescubrimientos portugueses. Pudieron existir, pero no son seguros ni necesarios para explicar lo que nos exhibe muy bien Enricus Martellus Germanus.

El hecho es que, en los años o en el momento del descubrimiento, todo el mundo sabía que en el Atlántico había tierras. Lo sabía el rey de Portugal, don Juan II, muerto en 1495, y lo sabían los Reyes Católicos, los cuales sabían que don Juan sabía que ellos sabían lo que él sabía. Y lo sabía, desde luego, Colón, el cual informaba a los reyes de España. Todos lo sabían por los mapas que andaban de mano en mano, no por predescubrimientos que soñamos los historiadores modernos y que ninguno de nosotros ha podido probar de un modo seguro. Por algo, en 1497, Portugal encomendó a Vasco de Gama que fuera a la India del Ganges, no a la Oriental, por el camino bien seguro del África y lo que viniera después, sin apartarse de la costa. Era un viaje que Vespucci no consideraba de descubrimiento, pues eso de navegar con la tierra a la vista, que se podía alcanzar nadando, no le parecía propio de descubrimientos. Sólo un documento —el tratado de Tordesillas— puede dejar la sospecha, para muchos estudiosos seguridad, de que Portugal conocía la existencia de una tierra firme en el Océano que resultaría el Brasil. En dicho tratado se deja constancia de que pertenecería a Portugal “todo lo que hasta aquí se ha fallado e descubierto... así islas como tierra firme...” Esta tierra firme podía ser la del Brasil o una supuesta, sospechada, que los reyes creían que podía encontrarse en esa zona. Era el 7 de junio de 1494. Y también podía ser una tierra real, la del Brasil, como parece confirmarlo el propio rey don Manuel al de España cuando le dijo, el 28 de agosto de 1501, que Cabral “llegó a una tierra que nuevamente descubrió, a la cual puso nombre Santa Cruz...”. Nuevamente ¿significa “ahora”, como sostienen algunos críticos, o “por segunda vez”, como afirman otros?

El viaje de Juan Sebastián de Elcano demostró que la cosmografía de Colón había sido perfecta. Colón habló de dos inmensas tierras firmes: la de la India Oriental, próxima a Europa, y la de los dominios del Gran Khan, tan lejos como el Asia. Elcano demostró que entre Europa y el Asia existía el inmenso continente del cual tanto había hablado Colón —la

India Oriental— y que era posible dar la vuelta al mundo como había expuesto, científicamente, Juan de Mandeville y tenía el propósito de realizar Colón, como había confesado a Andrés Bernáldez. Elcano confirmó el itinerario que, en derredor del mundo, pensaba cumplir Colón.

La llegada a la India, en 1498, de Vasco de Gama no impresionó a nadie. Vespucci decía que eso no era descubrir. Colón sabía a la perfección que a esa India la habían visitado muchos viajeros en tiempos antiguos y que él la habría recorrido si hubiese hallado un paso en la India Oriental. Lo que faltaba conocer a la humanidad no era el Oriente, tan bien descrito por tantos monjes diplomáticos y embajadores como Marco Polo, sino la India Oriental, que sólo se veía en los mapamundis de Ptolomeo del siglo segundo de nuestra Era, de Enricus Martellus, de tres años antes del primer viaje de Colón, y, sin duda, en otros que no poseemos, pero que existieron. Y eso fue lo que descubrió Colón: la tierra firme de acá, como señaló, por el primero, Juan Manzano, y la de allá, como específica, perfectamente, en dos oportunidades, el mismo Colón. Lo demás era cosa de navegar por rutas archiconocidas por comerciantes del Oriente y del Occidente. Colón no se equivocó cuando dijo al Papa, en 1502, que había descubierto “trescientas treinta y tres leguas de la tierra firme del Asia”. Las costas de la India Oriental, que él había recorrido, eran las últimas y, a la vez, las primeras del Asia, como él había explicado. Sostener que nuestra América, señalada por Martellus con el nombre de India Oriental, no era el Asia y que sus habitantes no tenían ni tienen sangre de los pobladores del Asia, haría reír al más incompetente de los americanistas.

Una prueba terminante, para concluir, de que Colón sabía muy bien que las tierras que él visitaba no eran la India del Ganges, sino la península de la India Oriental, o sea, una enorme masa de tierra firme entre Europa y el lejano Oriente, la hallamos en sus esfuerzos —y en los de todos los navegantes de aquel entonces— para encontrar un estrecho que uniese el Atlántico con el Sinus Magnus de Ptolomeo y de Martellus. La búsqueda del paso o estrecho en la masa continental —India Oriental— es la prueba más indiscutible de que Colón no ignoraba que la hoy llamada América —entonces India Oriental— era una tierra “de acá” que estaba lejos de la tierra “de allá, del Gran Khan” (carta a Santángel), es decir, un continente que representaba una inmensa tierra firme, como

él aseguró tantas veces y descubrió en 1492: no en las islas sino en el propio continente, la tierra firme.

Hemos dedicado muchas páginas a este estudio en nuestra *Nueva historia del descubrimiento de América* y no vamos a repetirlas. Con lo que hoy se sabe se puede insistir en aquella búsqueda del estrecho, por Colón y demás navegantes, con Vespucci a la cabeza, que Colón no perseguía las regiones del Oriente en la costa sudamericana, sino que comprobaba de continuo que las tierras del Oriente estaban en el Oriente y no en esos lugares que constituían la India Oriental, muy separada, en Enricus Martellus, de las regiones orientales. La concreción colombina y vespuciana del llamado Nuevo Mundo puede contemplarse en el mapa del franciscano Francisco Monacus, de 1527, en que vemos un amplio estrecho en el centro del continente que separa al norte y el sur y deja paso del Atlántico al hoy llamado Pacífico.

La concepción que Colón tenía del Nuevo Mundo —un continente intermedio entre Europa y el lejano Oriente— es la que compartieron todos los exploradores de aquellos mares. Lo que ellos hacían era buscar un estrecho que uniese al Atlántico y el Pacífico. En un principio, este estrecho tenía por fin llevar a Colón a la corte del Gran Khan. Pronto, con el ejemplo portugués, se pensó en el comercio de las especias. Esto vino después que Vasco de Gama llegó a la India del Ganges, en 1498, e intensificó el comercio de las especias. Hay que leer el erudito libro de Pablo J. Gallez sobre Cristóbal de Haro y los pimenteros que se dirigían al Oriente y hasta descubrieron el estrecho, en 1512, que luego halló Magallanes en 1520.

En cuanto al pensamiento de Vespucci, tan mal interpretado por todos los vespucistas, no variaba del de Colón. Se dijo que Vespucci nunca habló de un continente entre dos mares, de un mar "interposto", como escribe un sabio vespucista que parece no haber leído los escritos de Vespucci. En efecto: nadie se fijó en el hecho de que Vespucci declara que el fin de ese viaje era llegar a Cattigara. Este puerto de los chinos estaba en la costa americana del Pacífico, en el paralelo 8.30° de Latitud Sud. Ello demuestra que Vespucci sabía muy bien que la costa por la cual navegaba —la patagónica— debía tener un paso, muy al sur, que lo comunicase con el otro océano, el que veía en Ptolomeo y en Martellus. Por ello esa tierra debía ser un continente entre dos océanos. No hay

discusión posible. Colón y Vespucci siempre pensaron que la India Oriental, o sea, el hoy continente americano, era una tierra por completo independiente del Asia, entre el Oriente y el Occidente, el Sinus Magnus (hoy Pacífico) y el Atlántico. Era la última tierra del Asia, el principio y el fin del Oriente.

El pensamiento geográfico de Colón fue siempre el mismo desde antes del descubrimiento de América hasta tiempo después: sabía —y murió con esta convicción— que un mar de un mes de navegación separaba las costas de España y África de las que iba a encontrar de la India Oriental, y las encontró. Sabía que al otro lado de esta India Oriental había otro mar y que allí podía estar el Gran Khan: fin primordial de su viaje. Esto lo sabía de un modo ciertísimo porque lo veía en el mapamundi de Martellus. Quienes dudan de este documento cartográfico tan importante, super decisivo en la génesis del descubrimiento, quienes piensan que no influyó en la concepción colombina o, simplemente, lo ignoran, tienen una prueba imposible de negar o discutir que termina con todas las dudas: es el conjunto de los tres croquis o esbozos sobre los cuales tanto se ha escrito. Estos esbozos, que todos sus comentaristas estudian y ninguno comprende, han sido atribuidos a Colón, a su hermano Bartolomé y al compilador que los publicó: Alejandro Zorzi. La paternidad es interesante, pero podemos prescindir de ella. Lo que estos croquis nos muestran es, simplemente, el hoy Océano Pacífico, entonces Sinus Magnus, copiado o calcado del mapamundi de Ptolomeo, primero, y Enricus Martellus, después. Esto demuestra que el autor de estos croquis conocía, a la perfección, ambos mapamundis y, por consiguiente, sabía que la India Oriental (América) era una península inmensa que constituía la última tierra del Asia. A su otro lado estaban las tierras y mares que habían dibujado Ptolomeo y Martellus. La que rodea al Sinus Magnus (Pacífico), inmensamente reducido por error de Ptolomeo o Marino de Tiro —el primero que lo dibujó— nos dice, con una amplia y agrandada inscripción, que las tierras que rodeaban el Sinus Magnus (Pacífico), o sea, que abarcaban por un lado la China y, por el otro, América, eran la “India Extra Ganges”, o sea, la tercera y cuarta India en que los antiguos dividían la inmensidad del Asia. Esta India Extra Ganges, repetimos, unía la India al otro lado del Ganges, es decir, la China, a la India Oriental, o sea, América. Es, constantemente, la confirmación de que Colón, Vespucci y todos los navegantes de aque-

llos momentos, sabían que la India Oriental (América) era una inmensa península asiática colocada entre dos mares u océanos que se llamaban Atlántico y Sinus Magnus (Pacífico). Esa India Oriental era la última península o tierra del Asia, pero ello no significaba que Colón desconociese, lo mismo que Vespucci, el carácter de península o continente de América. Si extendía a las tierras hoy llamadas América los nombres de las regiones del Asia o China es porque no podía inventar otros y lo mismo era llevar su amplitud a las tierras que se iban descubriendo. Estos tres croquis no son muestras de tierras descubiertas por protonautas, como se ha dicho, sino una reproducción o copia del mapamundi de Ptolomeo y de su repetidor Enricus Martellus. Mostraban la verdad de la geografía y servían de guías a quienes los usaban. Nada tuvo que ver en estos croquis —copias de Ptolomeo y Martellus con nuevos nombres— el fabuloso mapa de Toscanelli que nadie ha visto ni verá jamás.

### *Colón y el otro Océano*

Existe un problema histórico que sólo ha sido entrevisto por algunos eminentes historiadores y que aún no ha sido abordado en su plenitud. Nos referimos al mérito y a la génesis del descubrimiento de América. Una escuela, precisamente italiana, atribuye la iniciativa, la concepción y la realización a Cristóbal Colón. El genovés sería el autor único de la empresa que lleva su nombre. Otra escuela, la española, en especial en estos últimos tiempos, adjudica todo el mérito a España. En primer término, porque España, como Portugal, era un país navegante y miraba al Atlántico. En segundo lugar, o primero, según algunos comentaristas, porque el verdadero descubridor de América no habría sido Colón, sino un navegante desconocido, probablemente portugués o español, que habría sido llevado al Nuevo Mundo por una tormenta; habría podido volver a Portugal y habría comunicado a Colón el secreto de su aventura. Por ello, la firmeza de Colón cuando aseguraba a los Reyes Católicos islas y tierra firme en el lejano Océano.

Las dos escuelas —la italiana y la española— han extendido sus investigaciones y sus esperanzas con libros que, a menudo, en vez de esclarecer el problema, lo enturbian. El

ilustre peruano Luis Ulloa dio la razón a Colón cuando sostuvo su tesis, compartida por nosotros, de que Colón fue el navegante desconocido que, según Oviedo, llegó por vez primera a América; pero cometió el error de suponer que Colón era catalán, afirmación que quitó todo mérito a su acertada proposición de que Colón llegó a América, muy ocultamente, en 1477. Un catalán habría sido el verdadero autor del descubrimiento.

Frente a estas dos escuelas —la italiana y la española— se ha levantado, en estos últimos años, la escuela de Buenos Aires que nosotros hemos fundado y un grupo de amigos han sostenido y desarrollado; que consiste en reconocer los méritos del descubrimiento a quien realmente los tuvo.

Nosotros encontramos el presentimiento de América en los primeros esfuerzos franciscanos de llevar el cristianismo a todos los rincones de la Tierra en las profecías que anunciaban para los reyes de España el dominio del planeta y la reconquista de la Casa Santa, Jerusalén, y en el indiscutido propósito de los Reyes Católicos de lograr cuanto antes esta conquista.

Este ideal coincidió con el talento de Colón que propuso este mismo proyecto a los reyes de España con la especificación clarísima de ir directamente a los dominios del Gran Khan por la vía de la India Oriental (América).

Lo que podría ponerse en duda es si el camino al Oriente por el Atlántico y la India Oriental lo propusieron los sabios españoles y los reyes se lo ordenaron a Colón, como él dice, tal vez modestamente, o fue Colón quien lo concibió por leerlo en viejos autores medievales y verlo en mapamundis que le mostraban la India Oriental y el hoy llamado Pacífico mucho más estrecho de lo que es. La propuesta de Colón está reconocida por la reina Isabel cuando le dice que todo salió como él, Colón, había proyectado.

Lo indudable es que el genio italiano coincidió con el propósito de los reyes de España de conquistar el planeta, de recuperar la Casa Santa y de lograr una alianza con los mongoles para expulsar definitivamente a los musulmanes. Todo esto debía cumplirse con la visita de Colón al Gran Khan y la entrega a éste de las cartas que le dieron a Colón los Reyes Católicos y aún se conservan.

La escuela de Buenos Aires ha lanzado al mundo esta nueva teoría que une las escuelas de Italia y España en una

concepción fundada en documentos y hechos y no en discusiones basadas en suposiciones y palabreríos.

La escuela colombista argentina no niega la participación de Portugal en este proceso, silencioso y realista, del conocimiento de la India Oriental como un continente; no era urgente, ni preciso, llegar para revelarlo al mundo. Portugal sabía que allí no residían ni el Gran Khan ni el Preste Juan. Sabía que el camino para alcanzarlos era el del África y del Océano Índico. Sabía que era fácil llegar a esta India porque el Atlántico no era extenso y podía recorrerse en un mes. Sabía muchas cosas que se avizoran en los mapas medievales, con las islas llamadas fantásticas y con los datos que los reyes portugueses entregaban, ocultamente, a los banqueros alemanes que les suministraban dinero. Los banqueros los pasaban a sus geógrafos que los dibujaban en sus mapamundis. Por algo vemos América en Walsperger, de 1448, en Enricus Martellus Germanus, de 1489, en Waldseemuller y en el grupo alemán de cartógrafos que ubicó muy bien la isla de Cuba y la península de la Florida, que los indios también llamaban Cuba. Todo esto, como es natural, no lo han descubierto las escuelas de Roma, ni de Madrid, ni de París, ni de Pekín. Lo hemos descubierto en la Argentina y el mundo ni se entera de estos adelantos de la cartografía y de la historia.

Una cosa es la vida de Colón y otra es el descubrimiento de América. Los dos temas pueden ser tratados en forma separada, sin que uno influya mayormente en el otro. No obstante, ambos se consustancializan. Si no sabemos qué cultura tenía Colón, no podemos apreciar el valor de su propuesta a los Reyes Católicos. Los conocimientos de los reyes no es posible analizarlos; pero sí los de los asesores que los aconsejaron. Si alguno de ellos leyó la propuesta le iba a ser suficiente para saber que no pudieron rechazar el proyecto colombino. Si también leyeron al caballero Mandeville, la seguridad en el sueño de Colón llega a una certeza absoluta. Y si no los leyeron, como no los leen los colombistas de hoy, tampoco pudieron rechazarlos porque la existencia de América, como continente intermedio entre Europa y el Asia, o sea, las otras tres Indias en que se subdividía el Asia, era general. Por algo dice don Hernando que su padre enseñaba a los reyes los mapamundis donde aparecían los extremos de la Tierra, frente a frente, es decir Europa separada de la India Oriental por el Atlántico. Por algo don Fernando mandó com-

prar ejemplares de Ptolomeo donde se ve el mundo con su Sinus Magnus (Pacífico) y las costas de la India Oriental. Nadie podía dudar de una verdad que todos los antiguos habían conocido.

Pedro Mártir de Anglería ha sido interpretado por muchos autores. Unos, como Demetrio Ramos, se detienen en sus cartas, que suponen antيداتadas. Otros, como Juan Gil, se consagran a interpretar algunos de sus párrafos que se refieren, en forma clarísima, a los primeros pasos de Colón en las Antillas. Nosotros creemos que Mártir fue preciso en sus afirmaciones. Era hombre de gran cultura. No estuvo nunca en América; pero oía a los descubridores que llegaban de esas tierras. Era amigo de Colón y no se equivocaba cuando repetía las palabras de unos y de otros. Mucha razón tuvo, por ejemplo, cuando afirmó que Colón, con sus tres navíos, "llegó a la provincia que, en la primera navegación, pensando que era isla, la llamó Juana y al principio de ella le puso el nombre de Alfa y Omega, porque juzgaba que en ella estaba el fin de nuestro Oriente, poniéndose allí el sol, y el del Occidente, saliendo, pues consta que el principio de la India ultragangética está por el Occidente y su término último, por el Levante".

Estas líneas de Pedro Mártir no pueden ser más claras, exactas y terminantes. Las entiende cualquier lector que tenga algunos conocimientos de la geografía antigua, es decir, que haya visto y leído mapamundis de la Edad Media y recuerde que los antiguos dividían el Asia en cuatro Indias: la pregangética, la ultragangética, la postgangética y la India Oriental, es decir, América.

Esta verdad patente e indiscutible en muchos mapas medievales es lo que sirvió a Mártir para escribir lo que escribió, y a Colón, para decirle que había llegado más allá, hacia el Oriente, de la India ultragangética, o sea, hasta la India Oriental. Por ello, a esta tierra que vio en su primera navegación, "pensando" o sea, creyendo que era isla, la llamó Juana. Es decir: esta supuesta isla Juana no era isla, sino tierra firme. Así creemos haberlo demostrado en nuestro libro *Américo Vespucci y sus cinco viajes al Nuevo Mundo*; pero quienes no nos han leído ni han tenido jamás un conocimiento claro de estos hechos, se han perdido en otras interpretaciones que, por respeto a sus otros sobresalientes estudios, no vamos a recordar ni mencionar.

Colón llegó, según nuestras comprobaciones, a la Florida, que los indios llamaban Cuba, al igual que a otra isla que Colón bautizó Isabela y aún conserva el nombre de Cuba, mientras que la Juana tiene el nombre de Florida. Esto lo sabía a la perfección Pedro Mártir de boca de Colón. Por ello escribe que Colón puso al principio de la tierra Juana, que en un momento, “pensó” que podía ser isla, el nombre de Alfa y Omega. Ella era, en efecto el fin de nuestro Oriente, poniéndose el sol, y el de Occidente, saliendo.

A Mártir no le era desconocido el hecho —“consta” decía— de que “el principio de la India ultragangética está por el Occidente y su término último por el Levante”. Era, exactamente, la posición del continente Americano; pero esto no lo ven quienes no lo saben o no quieren verlo. Andrés Bernáldez, que también era amigo de Colón, decía exactamente lo mismo. Aquellos hombres que hablaban con Colón repetían cosas que quienes nunca hablaron con el descubridor se empeñan en decir que lo interpretan de manera extraña. Por ejemplo: creen que este principio, en la isla Juana, o sea, en la Florida, estaba en Cuba; pero los errores de nuestros contemporáneos no tienen importancia, pues no son palabras de Colón ni de hombres de su tiempo, que sabían más que todos nosotros juntos respecto a estos temas. Un cosmógrafo de aquellos momentos, como Jain Ferrer de Blanes, en una carta que le escribió desde Burgos el 5 de agosto de 1495, le dice que la Divina Providencia “mandó al gran Tomás de Occidente al Oriente para manifestar en India nuestra santa y católica ley; y a vos, Señor, mandó por esta opósita parte de Oriente y Poniente, tanto que por divina voluntad sois legado en Oriente y en las extremas partes de la India superior, para que oigan los siguientes lo que sus integrantes negligieron de la predicación de Tomás, se acompañó *in omnem terram exhibit sonus rerum* y muy pronto seréis por la divina gracia en el Sinus Magnus, cerca del cual el glorioso Tomás dejó sancto cuerpo y cumplirse ha lo que dijo la Summa Verdad que todo el mundo estaría debajo de un pastor y una ley...”.

Dejemos a un lado la profecía que convertía a Colón en “embaxador de Dios” mandado por divinal juicio a hacer conocer su santo nombre en partes de incógnita verdad. Destacamos solamente el hecho de que Ferrer de Blanes estaba convencido respecto a Colón de que “muy presto seréis en el Sinus Magnus”.

Estas palabras demuestran que los contemporáneos de Colón sabían que le faltaba poco para desembocar en el actual Océano Pacífico: es decir, que ni Colón ni nadie pensaba que Colón se hallaba en las costas de la China, pero sí en tierras asiáticas de la India Oriental (América), a un paso del otro mar, o sea, del actual Océano Pacífico, reproducido en el mapamundi de Enricus Martellus.

Todo esto demuestra que Colón había partido seguro de su derrota, "mi" derrota, y que su nueva tierra y su nuevo cielo no los encontró solamente por las profecías de Isaías y otras del Antiguo Testamento, sino porque los mapamundis le mostraban las tierras, los mares, y, por consiguiente las estrellas que iban a encontrar. Colón no era un iluso, ni un soñador, ni un fanático: era un geógrafo que manejaba muy bien los textos de los viejos enciclopedistas y los mapamundis de los geógrafos clásicos y de su tiempo. Iba por caminos bien marcados: no por sueños, ni seguía voces celestiales.

### *Los dos mundos*

La teoría del encuentro de dos mundos empieza por ofrecer o mostrar dificultades insuperables. Ante todo no es posible entender el choque de dos mentalidades como la del hombre europeo y la del hombre americano. Cada una de ellas era un conjunto de ideas que nunca se habían enfrentado. No coincidían ni podían ajustarse las unas con las otras. No sabemos cuál era la mentalidad europea. Estaba compuesta por mentalidades regionales, tanto en España como en el resto de Europa. ¿Podemos hablar de una mentalidad europea en un determinado momento de su larga historia? Salvo los vínculos de algunas religiones (cristianos, judíos, mahometanos) los otros vínculos no pasaban de la cultura heredada de Grecia y de Roma. En América, en cambio, las mentalidades son innumerables. Un hombre que arrancaba corazones en México no es el que inmolaba miles de niños en el Perú ni el que se comía, como buen antropófago, a sus semejantes para asimilar su heroísmo y otras virtudes. La cultura o los conocimientos de los artífices de los grandes imperios no es la de los pobladores de las selvas como los araucanos y guaraníes y sus infinitas subrazas, desde un pampa y un guaycurú hasta todos los que se extendían a lo largo del continente.

¿Quién puede hablar de las culturas de estos hombres? ¿Qué culturas? ¿Las de andar desnudos, de comerse los unos a los otros? ¿De tener tantas mujeres como las que caían en sus manos?

La cultura europea, en general, puede presentar una unidad. Hombres que se vestían, que disponían de un alfabeto, que sabían leer y escribir, que dejaron las bases de las ideologías más ricas sobre la Tierra. La cultura americana empieza por ser un mosaico de culturas. Los españoles vomitaban por el olor de la sangre podrida de las víctimas conservada en estanques o piletas. Sus torturas superaban las de los europeos. Su ignorancia, en los pueblos primitivos, era total, sólo igualada por las bestias. Y, con todo esto, ¿pretendemos hablar de mentalidades europeas y americanas?

Los historiadores europeos siguen creyendo que Colón deliraba o estaba engañado cuando afirmaba que andaba por mares del Asia. Así era, en efecto, andaba por los últimos mares de las últimas tierras asiáticas: sólo que no eran las que había conocido Marco Polo. Por ello, Colón tenía otros nombres con que designar esas tierras. Les daba los de Polo, los extendía más allá de su precisa ubicación porque los nombres americanos nadie sabe cómo nacieron, ni qué significaban, ni quien los dio a Colón.

Colón, desde un primer instante, supo que el territorio que llamamos América no era el Asia de Polo. No eran los dominios del Gran Khan. Lo dice en su carta a Santángel, no bien se acerca a España: estas tierras —repite lo dicho en su diario— son muy ricas y pueden comerciar con las de allá, del Gran Khan. Y Bernáldez nos descubre el pensamiento de Colón cuando revela que le dijo que pensaba navegar y dar la vuelta al mundo como hizo más tarde Elcano. Esto no lo concibe un hombre que cree estar en la China. Sabía que estaba en la última península del Asia y que le faltaba mucho para llegar a la China.

El descubrimiento de América no cambió una concepción geográfica del mundo. Confirmó lo que habían dicho los antiguos, en especial los cosmógrafos españoles: un Pablo Oro-sio, un San Isidoro de Sevilla. El mundo se consideraba como un conjunto dividido en cuatro grandes partes. El Asia aparecía dividida por cuatro grandes Indias. La India Oriental era, en efecto, la más oriental, hoy América. Y Colón sabía, con exactitud, a cuánta distancia se encontraba Europa. No

se equivocó ni en una hora cuando ordenó no avanzar de noche —a las tres naves— porque podían “tropezar con la tierra”.

Los que hablan de modernidad, y no saben que este vocablo significa “lo de hoy”, se preguntan quién fue el fundador de la modernidad. ¿Qué modernidad? ¿La de la China? ¿La de Europa? ¿La de América? Algunos piensan en la de América. ¿Con quién empieza esta modernidad? Sin duda con Colón. Los demás conquistadores, exploradores, fundadores, etcétera, ¿qué fueron? Fueron lo que fueron. Lo moderno, es decir, lo de hoy, repetimos, comienza con el descubrimiento y su autor: Colón. América tiene con Colón una historia precolombina, es decir, antigua, y una moderna: la de hoy que está viviendo quinientos años.

Y quienes disertan sobre la modernidad americana penetran también en la Edad Media en América. ¿En qué penetró? En el pensamiento teológico. No hablamos únicamente de la religión cristiana. Hablamos de los principios jurídicos de la teología: la guerra justa, la unión de españoles e indígenas. El cuidado de los reyes de España para los indios era extremo, insuperable. Se hacían eco de cualquier denuncia, exageración, calumnia o mentira y la daban por cierta y ordenaban que actos como los que habían tenido noticia no se repitiesen bajo ninguna forma. El medievalismo en América no pasa de una traslación de ideas o costumbres que no empezaron en 1492, sino que tenían su lógica antigüedad, pero el espíritu medieval de las regiones de España o de otros países es muy difícil encontrarlo en América. El conquistador era, indudablemente, un hombre que había nacido en lo que se llama Edad Media; pero, al encontrarse en tierras americanas, se convertía, de pronto, en otro ser. Al contacto del mundo americano, tanto de sus tierras, de sus ríos, como de sus hombres y sus mujeres, se transformaba en otro ser, en un neoamericano que sólo tenía de español su apellido, la lengua, la religión y la cultura. Era mucho; un algo que lo hacía un ser nuevo, que no era más el español de antes, ni, mucho menos, el aborígen.

Ahora bien: a este neoamericano, ¿quién lo hizo? ¿España? ¿la América indígena? Lo hicieron las dos y le dieron una doble alma que la colonización va convirtiendo en una única alma: la del criollo o del indígena europeizado. No nos engañemos. Hay países totalmente europeos y otros que tienen mucho de Europa, empezando por su cultura visible, y mucho

de aborígen. Todavía hay reducidos de cabezas en algunas partes de América y, cada tanto, se inmolan niños en el Perú para alejar desastres.

Sin España no podría escribirse una historia del mundo. Sin el resto del mundo, sí.

El encuentro es el choque de dos personas u objetos que están en distintos lugares y se topan, por azar o deliberadamente, en un determinado lugar. América, con sus hombres, no se movió de donde estaba. Europa, con sus hombres, salió en búsqueda de una tierra a la cual esperaba llegar para pasar a otra y seguir su camino. En un punto Europa halló, encontró, descubrió la tierra que buscaba. No fue un encuentro, fue un hallazgo o un descubrimiento.

América no era un Nuevo Mundo. Nunca lo supo ni lo imaginó. Es un título que le dieron los hombres que estudiaron su historia. Había un mundo que podía llamarse viejo y que era el mundo que los hombres que lo habitaban conocían en su profundidad y en su amplitud. Este Viejo Mundo incluía, sin saberlo en su amplitud y sólo por indicios, el hoy llamado Nuevo Mundo.

Si el mundo es todo lo que existe, es lógico que hay uno solo y no dos. Artificialmente se puede hablar de una pluralidad de mundos pero todos fueron creados (háblese de fe o de ciencia) a un mismo tiempo, desde las más remotas galaxias hasta nuestra insignificante Tierra. Fueron los cartógrafos del siglo XVI los que empezaron a designar a América con el nombre de Nuevo Mundo. No lo consideraban así los americanos analfabetos que nada habían descubierto y sólo sabían comerse los unos a los otros, arrancar corazones, inmolar niños, reducir cabezas y despellejar totalmente a enemigos vivos.

Colón se propuso llegar a la India Oriental, la cuarta entre los geógrafos de la Edad Media que dividían la inmensidad del Asia. Y llegó para buscar un estrecho, pasar al otro mar, que Ptolomeo llamaba Golfo Grande (Sinus Magnus) y entregar en Pekin las misivas de los Reyes Católicos al Gran Khan. No hubo ningún encuentro. Fue un itinerario bien previsto y calculado que se cumplió en forma perfecta, salvo en la segunda parte, pues Colón no descubrió ni encontró el paso al Sinus Magnus. Sabido es que lo halló Magallanes en 1520. Por todo esto, Colón y sus hombres no pudieron concebir la existencia de un Nuevo Mundo, sino la existencia de las costas del lejano Oriente, del Asia, de la India Oriental, de un

mundo tan viejo como el que habían visto los monjes diplomáticos medievales, Marco Polo y otros viajeros.

Los continentes existían desde su origen. Fueron creados por Dios, o lo que sea, a un mismo tiempo: no primero uno (Viejo) y luego otro (Nuevo). Además, los cartógrafos y cosmógrafos del llamado Viejo Mundo conocían en forma vaga la existencia de las tierras que nosotros llamamos Nuevo Mundo. Los dos mundos existían y también existía otro en el Pacífico. Todos fueron descubiertos. La misma América, bien conocida, se fue descubriendo a medida que se avanzaba en su interior.

La fusión de las culturas europea y americana es cierta en una mínima parte. Los europeos no aprendieron a leer en América ni a reducir cabezas, pues aún hoy no saben hacerlo, ni a comerse los unos a los otros, etcétera. Aprendieron idiomas indígenas para enseñar a los indios lo que ellos sabían, para hacerlos seres humanos y no fieras. Salvo el uso de algunos vegetales, nada aprovecharon los europeos de los americanos. Ellos hicieron el llamado Nuevo Mundo a su imagen y semejanza. La llamada fusión de dos o más culturas no se advierte en el pensamiento europeo. No fueron los españoles los que adoptaron una religión india: fueron los indios los que siguieron —muchos hasta hoy— con sus creencias o se hicieron cristianos. No fueron los españoles los que se tornaron analfabetos (leían a Erasmo y a Virgilio). Fueron los indios los que aprendieron a leer. ¿Qué fusión de culturas hubo en la Pampa, en la Patagonia, en las selvas de toda América? ¿Qué nos enseñaron los maravillosos monumentos mudos de los mayas, aztecas, incas, etcétera? Todavía no sabemos su origen. Si algo sabemos es que vinieron del Asia traídos por los tártaros de Kulibay Khan, el amigo de Marco Polo.

La llamada fusión de dos culturas fue el traslado de la cultura europea a las tierras de América donde hubo culturas que en nada sirvieron a los recién llegados. Europa recibió de América unos cuantos vegetales, como la papa, el tomate, el chocolate y otros. No tomó una idea, no aprendió nada de nada. Lo que sabían los indios intelectualmente estaba olvidado cuando llegaron los españoles. España consideró hombres a los indios y como tales los asimiló a su vida y a su cultura. Los hizo realmente hombres y trató de que dejaran de ser fieras que se devoraban los unos a los otros. La Iglesia

colaboró en esta labor humanizadora en forma insuperable. Y América se fue asimilando, en gran parte, a la nueva cultura que llegaba a sus playas y se extendía en sus selvas. Los indios que quisieron seguir siendo lo que eran aún viven en sus selvas y los que no quieren vivir en ellas se pasan a las ciudades donde adoptan una cultura que no es la suya, sino de quienes los descubrieron. América nos dio una papa y un tomate. No nos dio una idea, un invento, un descubrimiento que enriqueciera la cultura europea. Sólo hubo una excepción: la quina que bajaba la fiebre.

La convivencia de indios y europeos no aprovechó a los europeos. Fue útil a los indígenas. Estos aprendieron a vivir como todos los hombres del mundo que no eran animales. Sus culturas estaban muertas cuando llegaron los españoles. Todavía no se sabe si sus códices contienen letras o ideas o son modelos de dibujos y adornos para sus trajes.

No hubo un mestizaje cultural. Fue una asimilación de la cultura europea por parte de los indígenas. Sin esta asimilación, los indios seguirían "dueños de sus tierras", comiéndose los unos a los otros, viviendo casi todos desnudos, sin saber escribir y trabajando sin ruedas y sin caballos.

Europa sabía, lo que los historiadores ignoran o apenas vislumbran, que había tierras a las cuales ellos no llegaban porque no se atrevían o porque no les convenía. Portugal sabía que existía el continente hoy llamado americano pero no le convenía descubrirlo, anunciarlo al mundo. Mucho más le interesaba llegar al Oriente asiático, a la India, a la China, etcétera. Por ello no se lanzó al Océano, no reveló la existencia de la tierra que llamamos América. Le interesaba más ponerse en contacto con el Preste Juan de la India. España, en cambio, prefirió buscar al Gran Khan de Tartaria. África estaba cada vez más dominada por Portugal. Le quedaba el Océano, la India Oriental, que no era las otras tres Indias del Asia. Por ello los viajes clandestinos y públicos que todos conocemos.

Destaca muy bien Silvio Zavala (*Examen del título de la conmemoración del quinto centenario del Descubrimiento de América*, en *Quinto Centenario*, Madrid, 1987, páginas 33-40) que hubo muchos encuentros en América y en otras partes del mundo. No puede hablarse de un único encuentro porque es antihistórico. La tesis de León Portilla no es aceptada por Zavala.

El descubrimiento de América no fue un encuentro de dos mundos: fue la expansión de España sobre el planeta cuando se propuso conquistarlo, en una alianza fantástica con el Gran Khan de Tartaria, como propuso Colón cuando terminó su lucha peninsular con los musulmanes y empezó la conquista de la Tierra.

Hubo una traslación de culturas de España a América. Nunca la hubo de América a España.